

Recuerdo sin sobrevivientes

por Aarón Appelfeld

Luego de la muerte de los últimos testigos, no debemos dejar el recuerdo de la Shoá en manos de los historiadores solamente. Ahora llegó la hora de la creatividad artística.

Pasaron sesenta años desde la finalización de la Segunda Guerra Mundial y me parece que estamos entrando a una nueva etapa respecto de nuestra relación con la Shoá. Me resulta difícil, por ahora, definir exactamente cuál es el cambio. Probablemente, esto ocurra porque los sobrevivientes que vivieron esos acontecimientos están desapareciendo lentamente.

Los sobrevivientes fueron el terror de todos los que escribieron sobre Shoá; y no hay diferencia si el que escribe es un periodista, un cronista, un historiador o un escritor. Los que se salvaron controlaban que los acontecimientos relatados sean correctos, que los nombres de las personas y los lugares no fueran omitidos, que los detalles no fueran cambiados. Los sobrevivientes no permitían pasar ningún dato por alto. Varias veces recibí su enojo porque no especificué los detalles o describí lo ocurrido durante la Shoá o después de ella; de forma tal que merecí la crítica de las víctimas. La memoria cronológica era aprovechada como un ancla a la que se agarraban con todas sus fuerzas.

El recuerdo y el perpetuarlo fueron la fuerza y el motor de los sobrevivientes. El juramento de contar hasta el final, no dejar un rincón abandonado, rodear el miedo desde todos los lugares- este juramento que juró cada sobreviviente le dio fuerza para hacerlo.

Un libro de memorias tras otro, un Diario tras otro, fueron editados de a cientos y aún esta labor continúa. Mientras aquellos que se salvaron seguían viviendo entre nosotros, parecía que el dolor de la Shoá iba a hacer temblar hasta el final de los días. El historiador escribirá y los sobrevivientes serán como una individualización de la Shoá. El recuerdo no quedará en el campo de lo abstracto.

Ahora estamos cerca del final de esa época en la cual la Shoá deberá mantenerse sin aquellos que se salvaron, sin la fuerza del recuerdo cotidiano. Mientras estaban entre nosotros, la Shoá tenía una presencia concreta. La Shoá tenía un nombre particular,

un apellido, ciudad, pueblo y aldea. El sobreviviente contó o evitó hacerlo. Su presencia, su andar y su silencio fueron testigos.

La presencia permanente de los sobrevivientes entre nosotros extrajo a la Shoá de la zona de lo increíble hacia la luz y el conocimiento. Si hasta ahora, alguien dudó de hasta qué punto puede un hombre hacer a su prójimo, a qué grado de bajeza e instinto animal puede llegar un hombre, pues entonces vinieron los sobrevivientes y te lo contaron.

Ellos fueron el ghetto de Varsovia, el ghetto de Vilna, los Campos de concentración y los Campos de liberación. Ellos no estuvieron en las calles predicando ética. Al contrario, su silencio fue mayor que sus palabras. Ahora los sobrevivientes se están yendo de este mundo y se siente un temblor: cómo se manejará el recuerdo de la Shoá sin ellos. En otras palabras, cómo se protegerá la individualidad y la intimidad que los sobrevivientes le impusieron a esta tremenda prueba. No olvidemos: cada libro de Memorias o libro histórico que fue editado, fue siempre acompañado por los sobrevivientes. Los escritos y los testigos estaban entrelazados entre sí.

Ahora queda claro que esta difícil función de proteger el recuerdo y su transmisión a las generaciones venideras no podrá quedar en manos de la historiografía solamente. Hacen falta otros moldes y estructuras, para elevar esta pesada carga. Hasta ahora el arte evitó tomar un rol central en esta obligación. La prosa, la poesía, el arte visual, la música, el drama y el cine no tomaron partido. Desde el momento que nuestra generación postuló que después de Auschwitz no hay lugar para el arte, muchos se esforzaron para burlar aquella premisa.

Una gran deuda tenemos con los sobrevivientes que no callaron, no descansaron y nos dejaron testimonios, posicionando el recuerdo colectivo sobre el estrado de la vida. Ahora me parece que llegó la hora de agregar un peldaño más. Agregar a la pregunta histórica, acerca de qué ocurrió y cómo ocurrió, una pregunta en otra dirección: cómo debiera haber sido?. En otras palabras, sacar lo casual, lo accesorio, y tratar lo necesario y esencial. La importancia de esta pregunta no está en el cambio de rumbo, sino en la apertura hacia un nuevo espacio.

Como debiera haber sido, esta es la tendencia eterna del arte. Lo histórico, por naturaleza, tiende a la separación de los acontecimientos, al señalar factores sociales y políticos. El arte busca desde la antigüedad, al individuo, su mundo interior, y desde allí trata de entender al mundo.

Los sobrevivientes de la Shoá se ocuparon mucho de testimoniar oralmente y por escrito el terror. *Zajor*, recordá, escribieron en cada abertura, en cada puerta.

Su consagración y la síntesis de sus vidas no deben transformarse en un archivo cerrado.

Es indispensable un debate sobre una nueva pregunta.